



Revista de Fomento Social, 52 (1997), 263-289

RECENSIONES

POLÍTICA. GENERALIDADES

DELORS, J.(1995), *De cuerpo entero. Conversaciones con D. WOLTON*, Ed. Acento, Madrid, 328 pág.

Es normal que el lector se sienta atraído, ante este libro, por la figura de Jacques Delors como Presidente de la Comisión Europea. Y entonces comenzará a leer por la cuarta de las cinco partes en que está dividido: «La ambición europea». El mismo Delors contesta, cuando su entrevistador le pregunta por lo que le hace sentirse más orgulloso de sus 40 años de actividad pública: «Es difícil de decir, pero creo que mi labor europea» (p. 302). La cuarta parte es un relato muy pormenorizado de todos los avatares de la Unión Europea en los 10 años de su mandato, como corresponde a quien conoce como nadie esa realidad.

Cuando, haciendo balance de este período de su vida, se le pregunta de que se siente más orgulloso, su respuesta es terminante: «De haber sacado la construcción europea del estancamiento en que se encontraba». De lo que se siente menos orgulloso es: «De haber sufrido la tragedia de la ex-Yugoslavia. Digo sufrido porque no disponía de la competencia institucional ni de poder para remediarla, y ha sumido a Europa en la impotencia» (p. 251). Esta doble respuesta sintetiza bien su experiencia en la Unión Europea. Llegó a Bruselas cuando estaba saliendo de una profunda crisis, tras la etapa en que Margaret Thatcher había cancelado la aportación económica del Reino Unido («I want my money back»). Y se propuso darle un impulso para hacerla avanzar. Tres objetivos se planteaba: la defensa común, la unión monetaria y la reforma institucional. Si en el segundo de ellos se cifra su mayor éxito, en los otros dos encontró serias dificultades.

des. Con todo, no fueron despreciables los pasos que se dieron. Delors tenía claro que eran tres los pilares de la construcción europea: «la competencia que estimula, la cooperación que refuerza, y la solidaridad que une» (p. 182).

Llevar adelante esta tarea era complicado. Delors aplicó siempre su táctica (que algunos llamaron el «método Delors») de proponer y no imponer, de forma que nadie tuviera la sensación de haber cedido, que todos lleguen a apropiarse las ideas. Él reconoce que eso retrasó el ritmo, pero que una postura más decidida hubiera sido contraproducente. Eso ocurrió muy concretamente con el tratado de Maastricht. No era el tratado que Delors hubiera querido, pero su realismo le llevó a no empeñarse en ser más europeísta de lo que las circunstancias permitían en ese momento.

Maastricht no fue su tratado porque ese no consagró el modelo político que él proponía. El suyo él mismo lo simbolizó como «un árbol de varias ramas»: implicaba un proceso lento pero realista hacia una federación, más allá del modelo intergubernamental, que fue el que se aprobó. Su resistencia se justifica desde su experiencia de la ineficacia del modelo intergubernamental, que exige la unanimidad para todos los asuntos: es lo que él vivió en muchas ocasiones, pero de forma dramática ante el conflicto de los Balcanes. Más aún, está convencido que la coexistencia del doble modelo —intergubernamental y comunitario— conduce irremisiblemente a que el intergubernamental termine imponiéndose al

comunitario.

Pero el modelo político hacia el que Europa quiere encaminarse está por definir. Delors lo concibe como «una unión de países soberanos que se ponen de acuerdo para realizar ciertos objetivos en beneficio de todos» (p. 207). Dichos objetivos han de formularse en materia de política exterior, de defensa y de desarrollo económico y social. Sólo entonces quedará contrarrestado, a través del Consejo de Ministros, el enorme poder del Banco Central Europeo. Delors reconoce su fracaso en la construcción de la Europa social, un tema en que él se había comprometido de antemano con las fuerzas sindicales, donde empezó su carrera pública, y que enfocó siempre desde sus convicciones socialdemócratas. Aquí no puede ocultar que fue el Reino Unido el principal obstáculo, a pesar del tacto con que lo trata siempre.

En este modelo político por definir, la soberanía de los Estados debe ser mantenida —en este sentido, Delors no se muestra partidario de una constitución europea, a pesar del acuerdo a que llegó el Parlamento Europeo, porque ello es difícil de compaginar con dicha soberanía—, pero hay que plantearla en un escenario cada vez más mundializado: «Si queremos que nuestras naciones —que han ostentado el liderazgo mundial durante muchos años— conserven su función, deben unirse políticamente sin nostalgia del orden antiguo... Mantener el orden antiguo supondría crear un gran espacio económico y limitar las decisiones políticas a la soberanía de

cada nación. ¿Qué es hoy la soberanía nacional ante los enormes retos a los que nos enfrentamos?» (p. 246). El principal peligro para Europa en estos momentos sería «la falta de ambición y la nostalgia del pasado» (p. 252). La caída del muro de Berlín, seguida de la reunificación de Alemania, y la guerra del Golfo son los dos acontecimientos que han acelerado inexorablemente el proceso de construcción europea. Se plantea, no sólo profundizar en el modelo político, sino también la ampliación hacia el Este; pero ésta última no debe convertir a Europa en un ente sin voluntad, sin capacidad de decisión y de acción. Delors es muy tajante en esto: si esta Europa política no puede apoyarse en todos los Estados miembros, hay que contemplar la posibilidad de que algunos lleguen más lejos.

Pero la vida de Jacques Delors no se agota en la etapa de Bruselas. Y sus conversaciones con Dominique Wolton ayudan a adentrarse en estos otros aspectos menos conocidos. Las tres primeras partes de la obra resumen las diversas etapas de su vida, que pueden quedar definidas por el término *compromiso*, precisamente el título de la primera parte. Pero este compromiso, como impulso esencial de su vida, debe entenderse en el doble sentido de la palabra: ante todo, como implicación permanente en la reforma de la sociedad, y como equilibrio entre la utopía y el realismo, lo que le obligó en ocasiones a renunciar a la pureza de su ideología de izquierda. Así pueden sintetizarse las sucesivas etapas de su actividad, desde aquellos

primeros años que pasó más vinculado a organizaciones católicas. A la etapa de compromiso sindical (con el sindicato de inspiración cristiana) siguió otra en la Comisaría General del Plan, organismo que consideró siempre como una excelente plataforma para hacer realidad su ideal de encuentro de las diversas fuerzas sociales para deliberar sobre el tipo de sociedad que queremos construir entre todos (pág. 83–87). No cabe duda que sus frecuentes alusiones a esta etapa demuestran que fueron años de gran fecundidad para él. Luego —y a pesar de su distinta orientación ideológica— accedió a ser consejero de Chaban-Delmas, primer ministro de Georges Pompidou (1969–1971). Pero su entrada en la vida política no llega hasta 1979, cuando es elegido parlamentario europeo, en las primeras elecciones por sufragio universal. Entre 1981 y 1984 fue Ministro de Economía y Hacienda del primer gobierno Mitterand, y de ahí pasó en 1985 a la Presidencia de la Comisión Europea.

Sintiéndose siempre un hombre de izquierda, buscó permanentemente fórmulas de una izquierda reformista. Por eso sus relaciones con la izquierda oficial no siempre fueron fluidas. Esta es una circunstancia que se refleja frecuentemente en sus conversaciones. Por eso se queja —aunque nunca con amargura— de haber sido incomprendido en muchas ocasiones. Ahora bien, tras sus quejas se observa casi siempre el orgullo de que el tiempo le ha dado la razón y hoy muchas de sus propuestas han sido gene-

ralmente aceptadas.

Su variada carrera política —que algunos han criticado en el sentido de que nunca llegó a implicarse de lleno en una cosa— se explica desde esta independencia personal; pero esta independencia se ha enriquecido sin duda por la variedad de terrenos en que se ha movido. En cinco aspectos se puede constatar cómo esta autonomía de pensamiento ha sido fecunda y es la clave para entender su personalidad. Pasaremos brevemente revista a sus puntos de vista en cada una de ellas: la globalización, la sociedad, el trabajo, la educación, la religión.

Delors no es un entusiasta del mercado, aunque no ignora sus valores. Pero en esto toma distancia muy abiertamente de las posturas neoliberales cuando afirman de modo descarnado el mercado y exaltan sin matices la globalización. Piensa más bien que en el nuevo marco de la globalización, que es inevitable, el liberalismo está perdiendo fuerza porque «un mundo mejor sólo es posible combinando, como se ha hecho en Europa, competencia, cooperación y solidaridad» (p. 154). Las nuevas condiciones mundiales obligan a plantear la reforma de las instituciones internacionales. Su propuesta más elaborada, que lanzó con motivo de los 50 años de la ONU, consiste en la creación de un Consejo de Seguridad Económico para recuperar una visión global de los grandes parámetros de la evolución del mundo. Estaría compuesto por las cinco grandes potencias (Estados Unidos, Rusia, Unión Europea, China y Japón) y un representante de

cada una de las cinco grandes áreas regionales (América Latina, África, Asia y Oriente Medio).

Sus ideas sobre la globalización ayudan a entender mejor sus esfuerzos en pro de la construcción europea, y también su crítica de las sociedades desarrolladas. Así va configurando su visión de la sociedad. Parte de una crítica dura de la sociedad actual por el egoísmo y el individualismo vigentes. Por ese camino sólo se llega a una sociedad de acreedores, cuando lo que estamos necesitando es una sociedad de hombres y mujeres responsables, capaces de participar en la formulación y realización de los intereses de todos. La falta de una democracia que vaya más allá de la mera participación en las urnas es uno de los grandes obstáculos del Estado de bienestar. Frente a la solidaridad horizontal, que es desintegradora, estamos necesitados de una solidaridad vertical y de una solidaridad activa. Y para todo ello es imprescindible recuperar el sentido de la *nación*, que fortalece los vínculos sociales: porque la nación es fruto de una historia común, no de un contrato; es a través de una historia común como hemos ido acumulando razones para vivir en común, tradiciones comunes, señales de identidad. «No debemos permitir que la invasión del mundo nos arrebate nuestra identidad» (p. 167). Una sociedad civil robusta y bien consolidada es para él la mejor respuesta, tanto a la crisis del Estado de bienestar como al reto de la globalización; y ella daría consistencia igualmente al proyecto europeo.

Es la socialdemocracia quien mejor ha sabido dar forma a este proyecto, que se caracteriza por cuatro aspectos esenciales: «la importancia del mercado como elemento de orientación y sanción de las actividades económicas; la función del Estado, de la que —por hipocresía— nadie habla, pero que está ahí para fijar las grandes orientaciones del desarrollo y corregir los efectos negativos del mercado; la negociación social como parámetro esencial para definir los objetivos y el modo de realizarlos; y un sistema de seguridad social, al que a veces llamamos ‘Estado de bienestar’, que garantice a todos los ciudadanos unos derechos mínimos cuando se encuentren en dificultades o cuando les llega el merecido momento de retirarse a descansar» (p. 199). Este modelo, al que sigue siendo «absolutamente fiel», ha orientado su actividad de político tanto en Francia como en la Unión Europea.

Muy relacionado con esto queda la cuestión del trabajo, tema en el que se ha interesado siempre, probablemente como herencia de sus comienzos sindicalistas. El Libro Blanco sobre *Crecimiento, competitividad y empleo* es su última gran aportación a la Unión Europea. Por otra parte, es una de las cuestiones en que está convencido que se adelantó a su tiempo. Por eso se siente tan orgulloso de su libro *La revolución del tiempo escogido*, que publicara en 1981. La tesis del mismo es que hay que integrar el tiempo en el esquema económico, porque el desarrollo económico debe incluir también la producción y disfrute de los bienes colec-

tivos. Esto abre un enorme campo de posibilidades en el llamado «tercer sector» (y que la edición castellana de este libro traduce siempre —muy equívocamente, a mi juicio— como «sector terciario»). No sólo hay que ir a fórmulas imaginativas para repartir el trabajo y para acabar con la rígida sucesión de «formación–trabajo–jubilación» (p. 92), sino que hay que revisar a fondo el concepto mismo de lo que entendemos por trabajo. He aquí el que él propone: «Una actitud que consiste en enfrentarse a la naturaleza y, en cierta medida, dominarla a fin de producir los bienes necesarios para nuestra subsistencia o para nuestra satisfacción. También consiste en conocerse mejor a fin de desarrollarse por la reflexión personal y el contacto con los demás. Desde este punto de vista, el trabajo es un elemento esencial de socialización y de aprendizaje. En definitiva el trabajo desarrolla la relación con los demás y, en cierto modo, funda las comunidades y las sociedades» (p. 272).

Su interés por la educación va paralelo. El reciente informe de la UNESCO, que él ha dirigido, sobre la educación para el siglo XXI, muestra cuál puede ser el nuevo campo de sus actividades. En esto reconoce que se ha dado un cambio en él. En otros tiempos criticó los sistemas educativos por verlos demasiado alejados de la realidad y de la economía. Hoy está convencido que hay que liberar al sistema educativo de la presión que la economía ejerce sobre ella y poner todo el acento en una educación en «los cono-

cimientos generales y una mejor comprensión de uno mismo y de los demás» (p. 285).

Queda, por último, el tema religioso. Es importante en su vida. Pero, en este caso también, no sin su originalidad propia. Su catolicismo, de herencia familiar aunque poco ilustrado, fue el que primero le impulsó a la actividad pública y al compromiso en la reforma de la sociedad. Se confiesa católico practicante (p. 20), pero al mismo tiempo le gusta que le llamen «católico laico» o «creyente anticlerical» (p. 257). Y no sólo por su carácter independiente, ya comentado, sino sobre todo porque no le gusta hacer ostentación alguna de su religión; sus convicciones las guarda para sí mismo y para su familia; se niega a manifestar públicamente creencias religiosas o a vincularlas con lo que piensa y hace en la vida política. Al mismo tiempo, reconoce la importancia de la religión y de la espiritualidad para la sociedad. Se educó cerca de la JOC; reconoce las influencias de Blondel, Maritain y Mounier, así como del equipo de la revista «Esprit». Pero políticamente siempre se ha sentido más cerca de la socialdemocracia que de la democracia cristiana. Critica a la Iglesia, pero sin asomo de acritud. Y piensa que la pérdida de influencia de la Iglesia tiene que ver con la crisis moral que la democracia padece, que no es sino la consecuencia de esa ausencia de espiritualidad. Por eso espera de las iglesias y de las religiones que recuperen su papel en la construcción de la sociedad, con un claro mensaje de valores espirituales,

entre los que destaca como más necesarios la esperanza y la caridad.

En resumen, en esta reseña he querido dejar los grandes rasgos de la personalidad y de la obra de Jacques Delors. La lectura de sus conversaciones con Dominique Wolton nos permite asomarnos al interior de un hombre independiente desde su adscripción a la izquierda, coherente en un difícil equilibrio entre utopía y realismo, luchador incansable desde una motivación religiosa de la que nunca le ha gustado hacer ostentación. El conocimiento de esta personalidad es una buena vía de acceso a la Europa de nuestro tiempo y una invitación para entrar en el debate sobre su futuro en el marco de una sociedad globalizada.

Ildelfonso Camacho Laraña, S.J.

ECONOMÍA

CUADRADO ROURA, J.R. y MANCHA NAVARRO, T. (directores) (1996), *España frente a la Unión Económica y Monetaria*, Ed. Universidad de Alcalá y Civitas, Madrid, 468 págs.

Esta obra contiene diversas ponencias presentadas a las jornadas de Política Económica sobre **El futuro de la UEM y España**, organizadas en diciembre de 1995 por el Departamento de Economía Aplicada de la Universidad